

# Concherías

AQUILEO ECHEVERRÍA



ESPA  
PDF

El libro Concherías está compuesto por poemas escritos con el modismo y las formas de expresión de los campesinos de la Costa Rica de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Una conchería, según el diccionario de costarriqueñismos de Carlos Gagini, es la acción o dicho de un concho, que es la expresión utilizada para referirse a un hombre sencillo del campo.



Aquileo Echeverría

# Concherías

**ePUB v1.0**

**iBrain 29.06.12**

más libros en **espapdf.com**

Título original: *Concherías*  
Aquileo Echeverría, 1937

Editor original: iBrain (v1.0)  
Corrección de erratas: iBrain  
ePub base v2.0



**IMPRENTA NACIONAL**

CONCHERÍAS

- AQUILEO ECHEVERRÍA -

EDITORIAL DIGITAL

**[www.imprentanacional.go.cr](http://www.imprentanacional.go.cr)**

COSTA RICA

# LA VELA DE UN ANGELITO

Apenas el rezador  
pone fin a lo que reza,  
cuando sale a relucir  
la hidrópica botijuela.  
¡Qué besos tan cariñosos!  
¡Qué caricias tan extremas!  
Unos la apuntan al muro,  
los más hacia las soleras.  
Libre la sala de estorbos,  
puesta en un rincón la mesa,  
donde en caja destapada

duerme el "Angel" que se vela,  
se adelanta el maestro Goyo,  
que es el director de orquesta,  
con el "chonete canchao";  
bajo el brazo la vihuela, ‘  
en la boca el "cabo" hediondo  
que ha llevado tras la oreja,  
"cabo" que ha de ser al cabo  
soberanísima "cuecha".

Da principio el zapateado.

Cómo saltan y dan vueltas,  
se detienen o adelantan,  
se separan o se estrechan.

Ellas con la falda asida  
y la mano en la cadera.

Ellos con pañuelo al cuello



o en la mano, según quieran.  
Ahora dando pataditas,  
ya girando con presteza,  
van de la una a la otra banda,  
van de la una a la otra puerta.  
Envuélvelos una nube  
que forma la polvareda  
que por los pies arrancada  
surge del piso de tierra,  
nube contra la que luchan  
en vano doce candelas  
colocadas en "pantallas"  
que de las paredes cuelgan,  
o adheridas al horcón  
de recia y tosca madera,  
donde dejan al morir

sebo, hollín, pabilo y yesca.

Alguien grita: ¡bomba!, ¡bomba!

Párase al punto la orquesta  
y un mozo de buena estampa  
así dice a su mozuela:

"Como mi almuhada es de paja  
y mi novia no está vieja,  
toda la noche la paso  
con la paja tras la oreja."

— ¡Bravo!

— ¡Bien!

— ¡Viva Domingo!

— ¡Vivan ñor José y Grabiela!

— ¡Vivan los dueños de casa!

— ¡Otro trago "pa l'orquesta"!

— ¡Música "mestro, y arréle"

que ya encontré compañera!

– ¡Oh "viejito tan asiao"!

– ¡Que viva yó y mi pareja!

– ¡Que viva!

– ¡Bomba!

– ¡Otra bomba!

Párase al punto la orquesta,

y la niña puesta en jarras,

responde así zalamera:

"Quisiera ser ‘cojollita’

o flor de la yerbabuena,

para perfumarle el alma

al negro que me quisiera.-

– ¡Bueno! –

¡Muy bueno, caramba!

– "Alcáncensen" la limeta,

que la "casusa" hace falta  
y es "casusa" de cabeza.

– Dame un trago, Valentín.

– Zampáله, que no hay tranquera.

Los mozos de la familia  
a las jóvenes obsequian,  
repartiendo en azafates  
sendas copas de mistela,  
que toman en compañía  
de empanadas de conserva,  
polvorones, pan de rosa  
o enlustrados con canela,  
mientras las damas mayores;  
con la escudilla en las piernas  
se "atipan" de miel de ayote,  
usando para comerla

de sus no pulidos dedos  
las sus no muy limpias yemas.  
Fortalecidas las panzas  
sigue de nuevo la juerga,  
y entre risas y palmadas  
se inician juegos de prendas;  
"San Miguel dame tus almas";  
luego "La gallina ciega",  
luego "El estira y encoge",  
"El muerto" y "La mula tuerta".  
En tanto allá en la cocina  
la madre suda y se empeña,  
ya batiendo chocolates,  
ya saqueando su alacena  
donde el bizcocho dorado  
duerme en amplias cazuelas,

o ya sacando empanadas  
de papa y carne rellenas,  
ruborizadas de achiote  
y trasudando manteca.

El padre con una "soca"  
de más allá de la cuenta,  
suelta un rosario de verbos  
y "rajonadas" tremendas,  
diciendo que ahí no hay hombres  
que se "paren"; que son hembras,  
y que el que quiera probarlo  
que se salga a la tranquera,  
"pa arriarle" cuatro "planazos"  
y hacerle ver las estrellas...

La gentil aurora pone

fin, con su luz, a la fiesta:  
y al niño, en la caja blanca,  
se llevan para la aldea,  
donde le aguarda el regazo  
cariñoso de la tierra.

# CUATRO FILAZOS

Ambos son de alma templada,  
mozos ambos y fornidos;  
no hay diferencia en edades,  
ni en la guapeza y el brío.  
Iguales son en donaire,  
en coraje son lo mismo  
e idénticas las realeras  
en el tamaño y el filo.  
Por la bella Marcelina,  
la nieta de ñor Jacinto,  
a darse cuatro filazos  
los dos mozos han salido.  
Escogen para el combate



la Vega de los Molinos,  
y a la luna silenciosa  
tienen sola por testigo;  
no cruzan una palabra  
durante el largo camino:  
cada cual piensa en la madre,  
en el padre, en el amigo...  
y los dos en la muchacha  
causadora de aquel cisco.  
Tristes son sus pensamientos,  
pero marchan decididos,  
porque los hombres valientes  
no suelen ser reflexivos.  
Una vez que al campo llegan  
y ya puestos en el sitio,  
tiran chaqueta y sombrero

sobre un pedrusco vecino.

– ¡Me perdonás si te mato?

– ¡Está claro!, ¿y vos?

– Lo mismo.

– Pos si querés empezamos.

– Empecemos, Secundino.

A un tiempo de la ancha vaina

sacan ambos los cuchillos,

que a los rayos de la luna

despiden siniestro brillo.

Si uno avanza el otro ceja:

ya están distantes, ya unidos;

saltan, gritan, vuelven, zafan,

fieros, resueltos, bravíos...

Los aceros al chocar

producen extraños ruidos,

y la claridad incierta  
pueblan de rayos fatídicos...  
Rueda el pobre Juan de Dios  
sin exhalar un gemido...

Piensa un instante en sus padres,  
en su adorada y en Cristo,  
y entra al reino de la Muerte  
tan sereno, tan tranquilo,  
como en los brazos maternos  
se duerme el cándido niño.

El sol de la mañanita  
alumbra su cuerpo frío,  
y bebe la sangre roja  
que mano airada ha vertido,  
para colorear sus mantos  
por el tiempo desteñidos.

# ANDALUZADAS TICAS

- Pa julminantes, ninguno  
como el de José María;  
no es guayaba, con dos balas  
se trajo al suelo tres chisas.
- ¿Las apercolló en el nido?
- Qué va pa nido, en un ira:  
una en la rama de abajo  
dos en la rama de arriba.
- ¿Y acertó a darle a las tres?
- ¡En la pura coronilla!
- Ja ja ja.
- ¿De qué te ris?

Lo que digo no es mentira.

– Pero hombre, no puede ser,  
sólo que por gran chiripa...

– Nada d’eso; ese jusil  
tiene su cosa malina... .

Una vez en la Sunción  
andábamos por l’orilla  
del Mermudes, yo, Tomás,  
Canuto, y José María  
tepezcuinteando; de pronto  
se puso a oler la perrilla,  
di’ahi a ladrar y ladrar,  
y a botáselos encima,  
daba vueltas, daba saltos,  
ya se echaba, ya corría  
lo mesmito que si la

persiguieran las avispas.  
Por más que abrimos los ojos  
ninguna cueva se vía.  
Ispiamos para un guarumo,  
pa unos itabos, ¡nadita!;  
pa la poza, el agua clara  
como si juera llovida;  
la perra seguía ladrando  
y en la misma desusidia.  
Dijo Canuto: quizás  
se le habrá clavao espina;  
le reparamos las patas,  
la panza, la rabadilla,  
el pescuezo, las orejas,  
hasta el rabo, ¡naditica!  
En eso gritó Tomás:

¡Muchachos!... ¡Ave María!  
y los señaló un charral  
onde vimos una "mica"  
con la cabeza enfrenada  
y sacando la lengüilla;  
a todos se los jumció...  
(¡Pa qué decir la mentira!)  
Aquello no era culebra,  
era un rollo de manila;  
lo menos tenía cien varas  
del rabo a la coronilla.  
La cabeza era un ayote  
y lo qu'es de gruesa, ¡asina!...  
¡Oh temeridá de bruta!  
¡Igual no veré en mi vida!  
Todos salimos corriendo...

Pos hombre, a José María  
se le cayó la escopeta  
y se descargó solita.  
Entramos a un bejucal,  
cortamos unas varillas,  
los atollamos un trago,  
pos yo traiba una botilla,  
y después de persinanos  
rezamos la Ave María  
y los juimos a matala  
todos cuatro, de puntillas.  
Al llegar junto al charral  
encontramos a la indina  
revolcándose en su sangre  
y hecha por completo chuicas:  
¡no quedó una munición



de las cuarenta, perdida!

– ¿Vos viste eso?

– Yo lo vide.

¡Por estas que no es mentira!

¿Y saben lo que calculo?

se los digo; y no lo digan:

¡pa yo que a ese julminante

le han echao su basurilla!

# MODELO EPISTOLAR

## I

Estimada Domitila:  
cojo la pluma en mis manos  
tan sólo pa noticiale  
que estoy gordísimo y sano,  
quiere Dios, y que deseo  
que, al recibo de estas cuatro  
letras, se jallen ustedes  
de cabal salú gozando.  
Desde antantier me ascendieron,

por jortuna, a Sota Cabo;  
estrené nuevo uniforme,  
y una varilla me han dao  
como isinia del destino,  
y el sueldillo me aumentaron;  
hora gano un peso diez  
y no salgo a los mandaos,  
lo que era una fregazón,  
porque el teniente Naranjo  
me espachaba, por lo menos,  
veinte veces a trer guaro,  
u a trer puros, o a pedir  
un peso aonde los Campos,  
cuando no onde los Quesadas  
u aonde Rosendo Alfaro.  
Además, el Capitán

tiene un chorrero de gallos,  
y había que vese a palitos  
pa que estuvieran asiaos;  
y a más había que bañar  
por la mañana un caballo,  
un blanquillo que lo llaman  
"Caperoles", liberiano,  
y que es un costal de mañas;  
hasta muerde el confisgao.

Ayer me trujo Jacinto  
la ropilla, los cigarros  
y su carta y la cajita  
con ungüento de soldao.

Ayer mesmo me lo unté;  
de viaje se atarantaron;  
esta mañana me vide

y ni uno vivo ha quedao.  
Dígale a José María  
que no le mando su encargo,  
porque jui propio a las tiendas  
y sólo jallé de cacho,  
iguales a los que vende  
en esa ñor Tanislao.  
Le vuelvo a recomendar  
que tenga muchos cuidaos  
con el mestro, porque sé  
que ese patas es un malo,  
y que es capaz de atollale  
basurilla en un cigarro,  
como hizo con Miquelina  
y con la hija de ñor Bastos.  
Salúdeme a ña Prudencia,

lo mismo que a los muchachos,  
y no me olvide, que yo  
me paso en usted pensando.

Soy su novio y servidor,

*Pedro Vindas,*

Sota Cabo.

Posdata

Perdone los dos borrones,  
pero jue que me meniaron.

## II

Mi querido Pedro Vindas:  
cojo la pluma en la mano  
pa contestale su carta,  
que con salú nos ha 'llao;  
sólo mama no está bien  
porque la sigue fregando  
el dolor en el cuadril,  
la tos, el pujo y el flato;  
por suerte está mejorcita  
con sólo la miel de palo,  
con güitite y alcanfor  
que le aplicó mano Pablo.  
De ayer pacá se levanta,

unque no sale del cuarto.  
Le noticio que la yegua  
tuvo un potrillo melao,  
con un lucero en la frente  
y otro debajo del rabo.  
Es muy bonito, si viera,  
se parece al Recortao.  
Ya la vaca la soltamos  
porque no daba ni un vaso,  
pero la "josca" no tarda,  
pa la llena la esperamos,  
está que no puede andar.  
¡Ojalá no salga macho!  
Mano Jacinto y Grabiél  
se dieron unos cuerazos;  
comenzaron por juguetes



y se fueron calentando,  
calentando, hasta que al fin  
las dos realeras sacaron,  
y si no es que Margarito  
abrevea a desapartalos  
quién sabe si a l' hora de hora  
no estaría alguno enterrao.  
A yo me ha pudrió siempre  
la jugadera de manos,  
hasta en los propios chiquillos  
repuna, más en los lángaros.  
Onde Jacinto hubo baile  
pal estreno de un retablo  
muy lujoso que trujeron  
el domingo, de Cartago;  
Pa meter a Santa Rita

y al Señor Resucitao.

Dicen qu'es qu'estuvo bueno,  
yo no jui unque m'invitaron,  
en primer lugar por mama,  
y en segundo por el diablo  
del mestro que ya me tiene  
como dicen, hasta el cacho;  
entre más lo despreceo  
y más mala cara li'hago  
más anda detrás de yo.

No sé cómo habrá cristianos  
que no puedan entender  
las cosas si nu'es a palos.

En la misa del domingo  
hubo dos amonestaos:

Ramón Cerdas con Gregoria

y Cirila con ñor Campos.  
Dicen que Ramón se casa  
pal primer jueves de mayo.  
Me contó José María  
que ayer lo vido encalando,  
y qu'él mismo le contó  
que ya'bía compraos los trastos,  
y qui'hace dos meses tiene  
dos chanchillos amarraos,  
diez chompipes; dos gallinas  
y un motico y tres carracos.  
Dichosotes los que tienen  
tata rico y patrón macho.  
¿Sabe que se los murió  
el gallo cuijen el sábado?;  
le empezó com'un ronquío,

cantaba desentonaó,  
se le cayeron las plumas,  
se le pandió el espinazo;  
ayer lo encontramos tieso.  
¡Pobrecillo, tan buen gallo!  
¿Qué hay de desamen y baja?  
¿No les han dicho hasta cuándo?  
Tata me echó una indireta.  
Yo creo qu'es que le han contaó  
alguna cosilla suya  
y pienso que sea Lisandro,  
porque antier me lo jallé  
junto al portón de don Marcos,  
y nu'hice más que arrimame  
y ambos a dos se callaron.  
El domingo, si Dios quiere,

le mandaré los cigarros:  
ya tengo la cura lista  
y estoy el papel piquiando.  
Mama le manda memorias,  
tata, Luis y los muchachos.  
No deje de persinase  
pa que no lo tiene el malo,  
porque dicen qu'en Heredia  
es onde hay sesenta rayos,  
por vida suyitítica...  
¡Dios guarde supiera yo algo!  
Me alegro del peso diez  
y de lo del Sota Cabo.  
Tengo una gana de velo  
con la vara y estrenando...  
Ya me voy porque me llaman,

escribame pronto y largo,  
y piense un poco en su Tila  
que vive en usted pensando  
y ni un momento lo olvida.

**Domitilia H. Camacho**

# DIALOGO

– ¿Y lo jallaste muerto?...

– No, tuavía resollaba;

pero con una angustia,

pero con unas ansias...

– Sea por Dios, Ildefonsa.

– Repará si no es vaina:

el domingo ajusté

cuarenta de casada

sin resentirle nunca

una mala palabra,

ni un mal modo, ni un ajo,

ni un moquete, ni nada.

Lo conocí chiquillo,

en la hacienda de Pavas.  
Los domingos y fiestas  
iba con mama Blasa  
a la iglesia, al mercao:  
prontico regresaba.

Cuando más un rompopo  
goun vino se tomara,  
yo le puse cariño  
por lo bueno con mama.

¿Qué quería la viejita  
que él no preporcionara?

Leña... pos traiba leña:  
¿gruesa?..., pos a picala.

El cogía las goteras;  
él los empañetaba.

A1 volver del trabajo



los pedía las tinajas,  
y en medio de las risas  
de los piones, las traiba  
hasta el gollete llenas,  
lleneciticas de agua.

Si cogía alguna "chisa"  
o se encontraba guabas,  
o jocotes o mangos  
(unque fueran naranjas),  
venía con el pañuelo  
derecho p'onde mama:  
"Tome para que coma",  
esa era su palabra.

Hubo una vez un baile  
no sé si pa la Pascua,  
en medio de las músicas

y de las algazaras  
me apalabrió; le dije:  
"Arréglese con mama."  
Ella dijo que "bueno";  
m'hicieron unas naguas.  
El me mercó un rebozo,  
y un sombrero de paja,  
dos sillas, una mesa,  
un santo y una cama.  
Los dieron una pieza  
y después de encalada  
m'hizo un jogón muy grande  
y me mercó las arras,  
y unas ollas de jierro,  
dos cobijas de lana  
(de las de a cinco pesos),

tres platos, una banca,  
un cofre, dos jarrillos,  
y mis buenas almuhadas.  
Después que los casamos,  
lo más a la semana,  
jui se trujo los trastos  
del cuarto de mi mama.  
La veyá como una hija.  
Cuando murió lloraba,  
pobrecillo, me acuerdo  
que estaba haciendo una abra  
onde el dijunto Chepe;  
allá por la Pitaya.  
Al llevale el amuerdo,  
siempre volvía la cara  
llenecita de gotas

de sudor y de lágrimas...  
Di'ahi los nació Jacinto;  
luego nació Pascuala:  
pasaron unos años,  
y los vino Estebana.  
Lo hicieron mandador  
del "Porvenir" de Cañas.  
A juerza de las juerzas  
compramos esta casa,  
mercamos el cerquillo  
que no llega a la cuadra,  
y cuando ya teníamos  
al menos esperanzas  
de conseguir los riales  
pa ajustar la manzana,  
jui le cogió ese mal

anteayer en la cama.

"¿Quiere su cafecito?

y no me contestaba.

"¿Qué es eso? ¿Pus qué tiene?"

Le decía yo asustada.

Me jue entrando congoja,

jui y abrí la ventana

y lo encontré muy fiero

con la vista parada,

el estómago asina,

y dando manotadas.

Jui y desperté a Jacinto

y llamé a las muchachas

y todos le acudimos

con todo, pero ¡nada!

Le puse un buen ungüento

de manteca con malva;  
acá, con hoja ruda,  
le flotó bien la espalda  
– lo mismo que si fueran  
las patas de la cama–.  
Hasta que ya Jacinto,  
viendo la cosa mala,  
se las abrió pa Heredia  
y se, trajo unas aguas  
y un parche. ¡No aguantó  
la tercer cucharada!...  
– Hay que tener pacencia,  
tal vez Dios lo llamara.  
¡Era tan bueno el probe!...  
– Requetebueno, Inacia.  
Pero, a mí ¿quién me quita

que me haga tanta falta?,  
Tengo como congoja,  
tengo como unas ganas  
como de no meníame  
y estar acurrucada,  
sin que naide me viera,  
sin que naide me hablara,  
íngima en este cuarto,  
íngima en esta casa,  
así como los muertos,  
así como enterrada.  
¿Sabés cómo me encuentro?  
Como un moto sin mama.  
Tengo setenta y cuatro  
y'unque a los cien llegara  
no consigo otro Cosme

ni con candela, Inacia.



# LA SERENATA

Anda el mozo de soldado  
en una facha, ¡qué facha!...  
El pantalón más que corto,  
la guerrera más que larga,  
con un kepis al que sobra  
lo menos una pulgada,  
a pesar de dos "Gacetas"  
que detrás de la badana  
pusieron manos expertas  
en acortar las distancias.  
Hace dos días lo "cruzaron"  
y debe partir mañana  
a la remota frontera,

donde la muerte le aguarda,  
o tal vez los resplandores  
de las glorias anheladas.

"Muchachos —exclama el cabo—  
tienen esta noche franca  
pa salir o pa quedase;  
pa lo que les dé la gana.

"Eso sí —dice el sargento—  
que cuidado como faltan,  
a la lista de las cinco,  
porque mañana es la marcha.  
Y que beban sin socarsen,  
porque si se descompasan  
van a llegar a Liberia  
fusilaos a punta'e vara.

— ¡Viva el sargento Ledezma!

– ¡Que viva el cabo Peralta!

– ¡Viva!

– ¡Viva!

– ¡Viva!

– ¡Viva!...

– ¿Qu'es`esa bulla, carasta!

– Teniente, es que les estoy  
diciendo cuatro palabras,  
pa esplicales qu'esta noche  
están libres, porque es franca,

– Para eso no es necesario  
que metan esa algazara.

El que se queda, se queda;  
el que se marcha, se marcha.

Conque no quiero más gritos.

¡A la calle o a la cama!

Sale un grupo de soldados  
en que va Calixto Abarca;  
el novio de Miquelina,  
l'hija de ñor Justo Jara,  
que vive junto a la Uruca,  
como a mil quinientas varas  
bajando desde el mercado  
por el Paso de la Vaca.

Va el pobre muy pesaroso,  
porque deja a la muchacha  
de quien está enamorado,  
según dice, hasta las cachas.  
Belfor, su amigo, .propone  
llevarle una serenata:

– Vos cantás lo que quedarás

y yo toco la guitarra.

Vanse a "Las brisas deJ Guaro"

y cuatro dobles se zampan,

y alquilado el instrumento,

al cuarto de la agraciada

Miquelina, para darle

el adiós en serenata...

Tic, tic, tic, tac... tic, tac, tic, toc.

La vihuela bien templada;

el novio tose dos veces

y esta cancioncilla canta:

"Ya me voy pa'la Liberia,

"onde la muerte me, aguarda.

"Si al caso yo muero allí,

"poné una flor en mi lárpida,

"poné una flor, poné, poné

"en mi larpi . . da . . da . . da . ,

"en mi larpi. . larpi . . da . . da . .

"pi, pi, pi, pilar . . pidá . .

"¡Adiós, adiós!; me despido.

"Ya yo abandono esta playa,

"pero me llevo el cariño

"de la mujer que mi'amaba,

"de la mujer' . . de la mujer . .

"que mia . . ma, ma, ma, mabá!...

"Si sabés que mi han matao

"en los campos de batalla.

"sobre mi tumba de nieve

"chorriá del amor la lágrima,

"cho, cho, cho . . cho, cho, cho,

cho...

"cho, cho, cho . . chorriá . .

¡chorriála! "

Mientras tanto allá en la cuja  
llora y reza la muchacha,  
y le pide a San Antonio  
y a la Virgen de la Barca,  
que se lo lleven con bien  
y que entero se lo traigan.

# LOS MILAGROS

– ¿Con que cres que los milagros los hacen los santos?

– ¡Creo!...

– Pos estás equivocao,  
Jacinto, de medio a medio.

– ¿No hay milagros?

– ¡Claro está! Pero no los hacen ellos.

¿Sabés quién?

– No.

– Pos oyí,  
son las almas de los muertos.

No hay un alma, por más mala



que haya sido aquí en el suelo,  
(carculá la más bandida)  
que aguante paquete entero  
de candelas. Y está claro.  
Repará que la llama va derecho  
a pegásele en los ojos,  
o en otras partes del cuerpo,  
verbo y gracia el espinazo;  
o la yema de los dedos.  
Les prendés una candela  
y'al instante están sufriendo  
y'unque quisieran zafase,  
¿p'onde cogen en el Cielo,  
gu'el Purgatorio, gu'el Limbo?  
No les queda otro remedio  
que arrodillásele al santo

y pedile por sus méritos  
que te concedan la cosa  
que vos les estás pidiendo;  
y está claro que los santos  
al ispiar su sufrimiento  
se compadecen del alma  
y al rato le dicen: bueno.  
Y el milagro que desiabas  
te se presenta completo.  
Yo tuve un primo muy malo,  
(vos lo alcanzaste, Perfeuto).  
Ese debía cuatro muertes;  
pos hombre ya para viejo,  
le tocó Dios la concencia;  
le entró el arrepentimiento  
y s'hizo un cristiano tal

que lo mentaban d'ejemplo.  
No volvió a tomar un trago,  
se retiró de gallero;  
devitaba las cuestiones,  
y respetaba lo ajeno,  
como si fuera lo propio,  
esautamente lo mismo.

Hace cuatro años murió  
pa Candelaria, en el puerto,  
y murió como un bendito  
con todos los sacramentos,  
y además lo amortajaron  
con hábito de carmelo.

Pos bien: hace cinco meses  
se me baldó el buey overo,  
llamé a Pantalión, l'hicimos

cuanto dijo que era bueno,  
y el buey p'atrás y p'atrás.  
Cuando ya lo vi en el cuero  
de no comer ni beber,  
me recordé de Perfeuto,  
y jui y abrí la lacena,  
y saqué el libro de rezos,  
y un paquete de candelas,  
y me entré en el aposento  
y le dije: mire, primo,  
una candela le priendo  
pa que me repare modo  
de que mejore el overo,  
mas si con una no me oye  
sigo prendiendo y prendiendo,  
hasta que me haga el milagro.

Después recé el padre nuestro  
y un chorrero de oraciones,  
de mi librito de rezos.

¿Cuántas cres que me aguantó?

– Pos todo el paquete, creo.

– Qué va pa paquete, dos,  
y al decir tres el overo  
andaba dando carreras  
y bramidos por el cerco.

– Te aseguro que hasta el día  
di' hoy no sabia yo nada d' eso.

– Pos que nunca te se olvide.

– No ha de olvidáseme, Diego.

¿Sabés qué estaba pensando?

Que si llamás uno bueno  
con una sola tenía.

– ¡Con una decís, con menos!

Pero jue que en la taranta  
sólo recordé a Perfeuto.

– Cuanto más vive el cristiano  
más apriende... ¿Cierto?

– ¡Cierto!

# BODA CAMPESTRE

Con dos "cuhetones" anuncian  
la salida de la iglesia.

Delante va el padre cura;  
sigue el alcalde Ledezma,  
ñor Vindas el curandero  
y luego el "mestro" de escuela.

Tras de estos grandes señores  
marcha la gentil pareja.

Es justo que en describirla  
puntualmente me detenga,  
y natural que principie  
por la niña, por "Miquela".

"Tomará tener veinte años",

según dice ña Sotera,  
la madre; sus veinticuatro  
al contar de malas lenguas,  
que sostienen ser nacida  
"pal tiempo de las virgüelas,  
mucho antes que el Presidente  
despachara para ajuera  
al señor obispo Thiel,  
que Dios en su gloria tenga".  
Ya sean veinte o veinticuatro;  
o veinticinco o cincuenta,  
es lo cierto que la niña  
debió llamarse Perfecta,  
por su cara, por su cuerpo,  
por su sandunga y etcétera.  
Lleva un vestido de gasa,



con peto de lentejuelas,  
y unas florecillas blancas  
enredadas en las trenzas.  
Es blanca también la faja  
que le azota las caderas;  
y blancos los chapincitos  
y blancas sus carnes frescas,  
y más blanca todavía  
el alma de la doncella,  
que tiene los dientes finos  
y brillantes como perlas,  
y dos ojos que en el cielo  
de su rostro son estrellas,  
estrellas donde se mira  
el mozo de la Verbena,  
que la sacó de su casa

por la puerta de la iglesia.  
Un mozo que tiene milpa  
y a más de milpa carreta,  
amén de un potro "melao",  
hijo de una yegua overa  
que don Francisco Peralta  
trajo de Lima o de "Suepcia"  
como dijo en el Congreso  
un diputado de Heredia;  
que tiene su "pita" fino,  
una hermosa yunta nueva,  
arado de California  
y la trojecita llena;  
dos manzanas de café,  
una casa y una huerta,  
y un "jusil de julminante",

una vaca "cajuelera"  
y su montura de pico,  
su puñal, y su "cruceta".  
Un mozo de mano dura,  
pero con el alma tierna,  
a quien por amor o miedo  
en todas partes respetan;  
que si suenan sus limosnas,  
sus pescozones resuenan.  
"Nadie le pone la pata"  
en asuntos de pelea,  
y si "arrebata" el machete  
no queda en el prado yerba;  
y lo mismo "despalota"  
que tiende alambre en la cerca,  
o amansa un par de novillos,

o monta una mula nueva,  
o saca suertes a un toro  
sin cobija ni vaqueta.  
Que Cristián, el de ña Rita,  
es un hombre de "de veras".  
Vienen detrás de los novios  
invitados, parentela  
y después la "chamusquina"  
enredada con la orquesta  
en que van un acordeón,  
tres guitarras, dos vihuelas,  
un clarinete sin llave  
y un violín con una cuerda,  
todos bajo la batuta  
de ñor Aniceto Cerdas,  
el músico más "templao"

entre la gente costeña.

Al llegar junto a la casa,  
asoman por la tranquera  
los suegros de la muchacha  
que muy compuestos esperan.  
Allí tiran diez "cuhetones",  
tres descargas, dos bombetas  
y en unos vasos azules  
vierten cuatro o seis botellas  
de sus vientres virginales  
el fuerte y sabroso néctar,  
infierno que sabe a gloria  
y que apenas baja, trepa.  
Después de pasar el trago  
los hombres dan a las hembras,  
en unas copas labradas,

ya rompopo, ya mistela.

— Acuérdense —dice el cura—  
que hoy nos toca la novena  
y la visita de altares;  
conque, vamos a la mesa.

Yo me levanté aclarando  
y estoy viendo las estrellas.

En una sala espaciosa  
cinco "burras" patituertas  
sostienen algunas tablas  
tapadas con "manta" nueva.

En taburetes de cuero  
se sienta la gente seria:  
para el pópulo hay escaños  
adornados con tachuelas.

En un camarín de lata,

que escoltan dos azucenas,  
un perro de porcelana  
y ocho cabos de candela,  
sus amantes brazos abre  
sobre una cruz de madera,  
Cristo, el hijo de María,  
el Salvador de la tierra;  
y penden de las paredes  
tres cromos que representan  
a la Virgen del Socorro,  
San Ramón y Santa Berta.  
Además hay unas jaulas  
en que cantan la tristeza  
de su libertad perdida;  
cuatro "monjitas" cerreras.

Sudando llega la madre  
con una enorme bandeja  
en que el caldo de mondongo  
en tazas grandes humea,  
tazas que en letras doradas  
exhiben estas leyendas:

"Vos sos mi bien", "Vida mía",  
"Domitila", "Clara", "Chepa",  
"No me olvides", "¿Hasta cuándo?"  
"Ildefonsa", "Filadelfa",  
"En ti pienso", "Caralampio",  
"Tuya soy", "A Balvanera",  
y otros muchos que no pongo  
por no hacer la lista eterna.  
Acabado el mondonguito



van circulando en la mesa  
el Oporto de seis reales,  
el Málaga de sesenta,  
algunas cervezas Traubes  
y el endemoniado "Angélica",  
que baja como una bala  
y sube como una flecha.

– Que hable el cura:

– Yo no puedo.

– Diga algo el maestro de escuela.

– Yo tampoco, estoy de luto.

– Pos que se bote Ledezma.

– Bueno, pero dame vino.

– ¡Silencio!

– Cristián, Miquela:

el matrimonio es el ñudo

que se forma con la cuerda  
del amor de los cristianos  
que habitan bajo la tierra.  
Ve un muchacho una muchacha,  
o se miran veciversa,  
y se hablan cuatro palabras  
y se entienden y a l'iglesia.  
Y aquí brindo por Cristián  
y aquí brindo por Miquela;  
pa que les cante el amor,  
ya por dentro, ya por juera...  
– ¡Bueno! ¡Que viva el Alcalde!  
–... y haiga siempre primavera  
que les regale sus flores  
y enfertilice sus tierras;  
por que no falte el cariño,

ni se formen peloteras,  
y por que lleguen a viejos  
y que confesados mueran,  
dejando a los hijos machos  
en los brazos de las nueras,  
y en los brazos de los yernos  
dejando a las hijas hembras;  
y que encuentren por remate,  
cuando la pelona venga  
del cielo de par en par  
espernancadas las puertas.

– ¡Bien!

– ¡Muy bien!

– ¡Vivan los novios!

– ¡Viva el Alcalde Ledezma!

– ¡Viva Tiodora Camacho!

- ¡Que viva!
- ¡Viva mi agüela!
- ¡Amárrenlo!
- Fiiii.
- ¡La tuya!
- ¡Música, música, Cerdas!
- ¡Listos!
- ¿A cuál le zampamos?
- Arrimale a "La Cajeta". (Tocan).
- Una tonada, Puyón—  
le grita Casta Marchena.
- ¡Que cante! — reclaman todos.
- Bueno, pos pa complacela  
voy a cantale... Ñor Cerdas,  
¿usté sabe el "A ya yay"?
- Aunque nunca lo supiera.

Me basta que me digás  
tan sólo cómo comienza.

La, do, re, mi, fa, sol, la.

Zampale, que no hay tranquera.

(Canta). – A ya yay, linda negrita,  
a ya yay, que yo quisiera  
saber si son suavecitas  
tus almuhadas y tu estera...

– Puyón –interrumpe el cura–  
eso es una desvergüenza.

– Ese es el patas zafao,

– Cantate "La Panameña".

De nuevo interviene el cura:

– En no siendo deshonesto  
que cante la que le guste...

Puyón tose, "carraspea",

y después de tres registros  
una su cantada suelta,  
en que salen a lucir  
los diamantes y las perlas,  
el "perjumen" de la dicha,  
y las amarguras tiernas.  
Terminada la canción,  
el cura que está de vena,  
levanta la copa en alto  
y brinda por la pareja.

A las cuatro de la tarde  
el matrimonio se marcha  
caminito de la gloria,  
caminito de su casa.  
En tanto junto al fogón

la madre de la muchacha,  
al humo que brota denso  
arrima la enjuta cara,  
y las gotas de su llanto  
se evaporan en las brasas.

# TRATO FRUSTRADO

- ¡Upe!
- Pase pendelante.
- Chacalín, ¿está tu tata?
- No, se jue pa la milpilla;  
mama es la que está.
- Llamála.
- Siéntese.
- Muy buenos días.
- Muy buenos ¿a quién buscaba?...
- Dispense, no se la doy  
porque la tengo mojada.
- ¿Aquí vive ñor Cólás?



– Sí, pero no está en la casa.

Salió hace poco a la milpa

a ver una confisgada

vaquilla que se nos mete

casi todas las mañanas.

– ¿Por qué no l'echan al fondo?

– Es que es de mana Bibiana,

y por devitarnos pleitos,

y friegas y patochadas,

Colás prefiere callase

y pudrise y aguantala.

– ¿Y ese familiambre es suyo?

– Menos acá, que es hijada.

– ¿Es mota la probecita?

– Motica; pero de mama.

El tata vive en la linia

en un retiro que llaman  
Quirricó.

– Yo he'stao allí.

– ¿Qué tal es eso?

– Se gana;

pero hay un calenturiambre,  
y un culebrero y un agua...

allí llueve todo el año:

vive uno como las ranas.

– Húmese este cigarrito.

– ¿Pa qué se molesta?

– ¡Blasa!

– ¿Qué'es?

– Trete un tizón.

– Estoy a mares, ña Juana,  
si salgo al aigre me tuerzo.

– ¡Andá trelo vos, pasmada!  
– No se moleste, señora,  
yo cargo fósferos, gracias...  
Pus como l'iba diciendo  
a más de eso hay otra vaina;  
el patrón es un machote  
con la cara muy amarga,  
y un hablar tan enredao  
que no se entiende lo qui'habla.  
Yo cogí algunos vocablos,  
como el de guate por agua;  
deme es guime, jor, caballo;  
blac es negro; jos es casa;  
un estope es esperate;  
un olraitas, a la marcha;  
el cotejel es mistao

y el gordemis es "tu mama".

Pero lo mejor es ime,

ya ñor Colás se dilata:

dígale que a mi regreso

vengo a ver la yegua baya,

qu'es que dicen que la vende.

– Sí, la vende muy barata.

– Ya me voy, hasta luegoito.

– Si quiere, Lipo lo llama.

– No, yo de todas maneras;

no truje ahora la plata...

Conque los vemos muy pronto.

– Que le vaya bien.

– Mil gracias.

– Trele el caballo, Dorilo.

– ¡Adió! Si me vine a pata.

Conque vine a ver la yegua  
porque la mía está baldada.

– ¿Sí? ¿De qué?

– De un hormiguillo.

Además tiene almorranas,  
padece de entrambos ojos

– y está tullida y matada,  
es zonta y trompezadora,  
se esboca mucho y se espanta.

¡La llaman "La siete cueros"!...

– ¿Cómo dice que la llaman?

– "La siete cueros"...

– ¡Pero hombre,  
si esa es l'hija de la baya!

# INSTANTÁNEAS

Tata, por vida suyita,  
vamonós...

– ¡Que no, Rosario!

– Vamonós que ya es muy tarde.

– Hasta que tome otro trago;  
vos no me mandás a mí.

¡A ver! Sírvanmen un guaro,  
y un cinco gun diez de breva...

¡Qué fregadera, ca... nastos!

¡Apenas serán las dos!

– No, tata, ya son las cuatro.

– Bueno, pus que sian las doces:  
¿acaso yo soy esclavo?

- ¡Hola, ñor José María!
- ¡Calistro!... ¡Venga esa mano!
- ¿Por ónde te habís metido?
- En las Pavas, trabajando.
- ¿Y qué tal mana Prudencia?
- Siempre fregada del flato.
- Y ahora le han remanecío  
unos dolores riumáticos  
que la tienen empedida  
de la cintura pa bajo...
- ¡Hombré, lo más prencipal!...
- ¡Oh lengua e' confisgao!...
- ¡Ja, ja!
- ¡Ja! Denos dos copas.
- ¿Querés atollale; Chayo?
- No, señor, yo nunca bebo.

– Pus echale el cinco en algo.  
¿Te acordás de aquellas fiestas?  
– ¿Las de los Esamparaos?  
¡Claro que había de acordame!  
Como que estuve baldao  
tres meses de una rodilla,  
y si no llega el finao  
Valentín y me la soba  
con riñonada de cabro,  
achiote, buñiga, sebo  
y el ungüento de soldao,  
tuavía estaría padeciendo...  
– Ese era el patas liviano.  
Una vez en un bochinche  
me dieron unos planazos;  
uno de ellos me alcanzó



el cuarto trasero...

– ¿El cuarto?

Pos hombré, ¿cuántos tenés?

– ¡Ja, ja!

– ¡Ja! Eche dos tragos.

– Tata, ¡por vida suyita!...

– Chayo, no seas precisao.

– Mire, ñor José María,  
ya usté le conoce el guaro.

Usté se va pa su casa

y mama y yo la pagamos.

– ¡Maldita sean los demonios!

¡Andate con todo el diablo!...

– Yo no me voy sin usté.

– Váyase, yo lo acompaño.

– Bueno, a mí qué, ya me voy.

Ahi queda tata a su cargo...

– Mirá, llevate la alforja  
y el saco de maiz y el diario,  
y esa media de rompopo  
pa tu mama, y ese sacho.

Y no vayás con el cuento  
de que estoy emparrandao,  
porque si vas, entendélo,  
apenas llegue te rajo.

– Buenas tardes.

– Buenas tardes.

– Hasta luegoito, Rosario.

– Hombré, y' hora que me acuerdo...

En esas fiestas que hablamos  
me pedistes cuatro pesos.

- Y te los pagué en el auto.
- Hombré, no me los pagastes;  
yo no quiero reclamalos,  
y si te los recordaba...
- ¡Por estas cruces!... ¡Ca... nastos!  
que te los pagué ese día  
en la esquina de ñor Santos,  
Vos tal vez no te acordás,  
porque estabas rematao;  
dos pesos te dí en papeles  
y los otros dos en cuatros.
- Nombré, no me los pagastes.
- ¿De modo que te he robao?
- Robao no, no digü'eso;  
que te se jueron por alto.
- Mirá, Calistro, a yo naide

me puede majar el rabo,  
porque soy hombre legal  
y... más que vos...

(El dependiente andaluz)

– Vamoz, vamoz.. .

¿A qué ezaz vocez, ceñorez?

Amboz zoiz hombrez honradoz,  
que aunque estéiz un poco cúzpidez,  
no debiéiraiz enfadaro.

– ¿No oyó lo que acá me dijo?...

– Puez hombré, no hacerle cazo;  
el hombre ez hombre de veraz  
mientraz no ze toma un trago.

– ¡Es que a yo naide me ultraja!...

– Ni a yo ¡patas descarao!

– Más patas será tu mama.

– ¡O la tuya, por si acaso!...

(Riñen)

– ¡Habéiz roto loz criztales!

– ¡Soltáme!

– ¡No! ¡No te largo!

– ¡Policía!

Fiií.. . Fiií... Fiií.

– ¡Se vienen con yo, malcriaos!

– ¡Por ese gran sinvergüenza!...

– ¡Calláte, no seas raspao!...

– O se dejan de indirectas

o les arrempujo el palo.

– ¿De quién era la última orden?

– De su agüela... ¡ ¡Condenao! !...

# LA VISITA DEL COMPADRE

Tengo por mal de mis culpas  
un compadre en la Rivera,  
que allá cada cuatro meses  
en mi casa se descuelga  
con la ahijada, la comadre,  
dos sobrinas y la nuera;  
y este año se ha permitido  
traerme el maestro de la escuela,  
y no me trajo el alcalde,  
porque no lo hay en la aldea.  
Cuando estoy más descuidado  
con el repaso de cuentas,

no por cierto de rosario,  
sino de sastres y tiendas,  
llega Lupe, el mayorcito,  
y un papelillo me entrega  
que dice así, más o menos:  
"Le mando estas cuatro letras  
tan sólo pa noticiale  
que nuestra salud es buena,  
quiere Dios, y que el domingo  
si Él lo quiere iremos a ésa  
yo, la mujer, los muchachos,  
y tal vez también ñor Mena,  
el mestero de la Capilla,  
que es hermano de Grabiela,  
la que crió al niño Jiorcito;  
quizás usted ni a'n se acuerda:

Deseándole que al recibo."

En fin, etcétera, etcétera.

– Hija, le digo a mi esposa,  
enterate de esta esquila.

La leemos, nos miramos  
y a dúo decimos: "¡Paciencia!"

Llega el dichoso domingo  
y con él vienen mis penas.

Entre las cinco y las seis  
nuestro calvario comienza.

Tan, tan, tan...

– ¿Quién es?

– ¡Soy yo,  
compadre!

(Compás de espera



mientras me visto, me lavo  
y salgo a abrirles la puerta.)

– Buenos días.

– Muy buenos días.

– Dáale el bendito, Miquela.

– ¡Um!

– Que le des el bendito.

Dáselo, no seas matrera.

– Bendito, alabao el Santísimo...

Buenos días.

– Así los tenga.

Pero pasen adelante

y toman café, Sotera.

– ¿Pa qué se va a molestar?

– Ya saben que no es molestia.

Entren con toda confianza...

¡Isidra!, la cafetera

y ocho tazas, pero pronto.

– Aspérese, que la leña  
amaneció resestida...

Como le quen mil goteras

y es porós... ya más no hay dulce...

– ¿Cómo que no hay?... ¡buena es  
esa!

¿Y el atao que compré anoche?

– Jui y se lo comió la perra.

– Lo dejarían en el suelo.

– ¡Adió!, en la pura alacena.

– ¿Y cómo pudo subirse?

– Pos talvez por escalera.

– Poco me gustan las bromas.

Aquí tiene esa peseta

y vaya donde don Santos

ligero... ¡ya está de vuelta!

– ¿Y cómo va el cafetal?

– ¿Pa qué contale? Si viera...

¿Ya ve ese vidro? Pues diga  
que tiene mejor cosecha.

Ni a'n un grano cojo este año.

Yo l'hice la deligencia:

le capé el cojollo a tiempo,

l'hice aporcas y paleas,

le quebré el palito seco,

le despaloté las cepas

y lo aboné con muñiga,

estopa de caña, ecétera,

y con lo de la familia,

que todos salen ajuera.

Pos hombre, entre más lo cuido,  
más a pior. Vea, pa que vea  
qu'es que entienden por la mala,  
y si los llama uno, jesan.

El cuadrillo de la esquina,  
ond'hice la chayotera,  
ya lo daba por perdío.

Pensé voltialo pa leña:

¡pos hombre, está hecho un altar!

Me tomara que lo viera;

cada mamón es asina,

cada flor una azucena.

– Aquí está el dulce y el pan.

– Andá ayúdale, Sotera:

– No vaya, no se moleste.

– ¡Adió!, dejala que venga.

Por fin toman el café  
y se marchan a la iglesia,  
dejándome el comedor  
lleno de chunches y cuechas,  
de motetes y de alforjas  
y de chuicas y de friegas.  
A las diez o poco más  
ya está el compadre de vuelta  
con unas "chapas" de a cuarta,  
efecto de la mejenga.  
Con un aire misterioso  
la comadre se me acerca,  
y me dice "sotto voce":  
"Ya se atolló una peseta;  
voy a dale en la cocina

un gallo de algo pa mientras;  
porque sí le viene el hipo  
horitica se le trepa."

– Voy a pedir el almuerzo.' . .

¡Isidra, ponga la mesa!

– ¿Pongo pa ustedes también?

– Yo estoy invitado afuera;  
deles a ellos de almorzar.

La señora se fue a Heredia,  
y los chacalines comen  
en la casa de la abuela.

– Siéntense, dice el compadre.

Todos ocupan la mesa;  
yo les hago compañía  
y guardo las apariencias,

y de lo que hablo con ellos  
va este botón como muestra.

— ¿Isabel al fin se casa?

(Rubores de la doncella.)

— ¡Adió!, ¡qué va pa casase!

Si ese hombrecillo es un pelmas.

¿Ahí no jue y se jue a la linia...,

y después de dar mil vueltas

vino cuasi en cuatro patas,

lleno de llagas y friegas?

Tiene la cara escurrida

com'una vejiga seca,

los brazos comu'hebras d'hilo,

y asina hinchadas las piernas.

Yo bastante se lo dije,

pero él metió la cabeza.

– ¿Pa qué es eso cuando vos  
le aconsejaste que juera?

– Mirá, no seas hociconá,  
y pesá algo en la concencia;  
aquí no arañaba un cinco.

– ¿Y trujo muchos de ajuera?

– Nada trujo, no digü' eso,  
pero hizo la diligencia;  
y' hizo bien, que pa casase  
tenía que hacela por fuerza.

Y' hora no es como aquel tiempo  
en que bastaba una estera  
y los síses de los novios  
y el diacuatro de la iglesia.

Hora es distinta la cosa;  
y el que se casa se arriesga...



Cuando acá y yo nos casamos,  
los dieron una ternera,  
dos quintales de café,  
tres vejigas de manteca.

El difunto Baltazar,  
que Dios en su gloria tenga,  
a más de dame dos onzas,  
me dio una molida entera;  
el tata de acá un potranco,  
la mama un chorro de leña,  
y el padrino la camilla,  
dos taburetes, la mesa,  
hermano un espejo asina...  
y tata costió la fiesta.

– Debió estar lo más rumbosa.

– Caramba, pus pa que vea:

duró la noche y el día,  
los comimos la ternera  
y' un chompipe y' un chanchillo,  
y no sé cuántas cajuelas  
de frijoles y de papas;  
y de arroces y de alverjas.  
Los bebimos un barril  
de chinchiví con piñuela,  
y entre cususa y rompopo  
como cuarenta limetas.  
Yo ya casi ni a'n me acuerdo.  
– ¡Si tenías una mejenga!...  
– ¿Y vos con qué boca hablás?  
¿Pa qué ventías esa lengua?  
Si sos tan mujer contá  
lo qu' hicistes en la estera.

- Ningún cristiano está zafo de cualesquier contingencia.
- Di una no digo que no; ¿pero de dos?, ¡poca pena!

# LA LEY DEL EMBUDO

"La ley estira o encoge  
según a quien se te aplica.  
Esto pasa en todas partes,  
pero más en Costa Rica."

*De lanas, conchas y conchos*  
*la taquilla* está repleta.

Varios con un dominó  
se disputan la honda pena  
de pagar a los que ganan  
los *guaros u lo que juegan*.

En un rincón dos *jumaos*,  
prototipos de *goteras*,

sobre el estado ruinoso  
de sus bolsillos conversan,  
echándose cara a cara,  
alientos, no de verbenas  
ni de rosas, sino de algo  
que a mis acreedores diera  
cada vez que con sus cobros  
acribillan mi pobreza.

Por allá, un viejo dormido  
sobre unos sacos, se sueña,  
con Matinas de aguardiente  
y San Carlos de cerveza.

Una tusona muy guapa  
que del mismo modo ofrenda  
en los altares de Baco  
que en los de Venus, se empeña,

en que conozca su templo  
un concho de buena cepa;  
de los de pita quiteño,  
de los de faja de seda,  
de los de alforjas de cuero,  
reló de plata y *cruceta*.

Sentados en una banca  
tres músicos de la legua  
repican un zapateado  
con guitarras y vihuela.

Frente a ellos un borrachillo,  
con todas las faldas fuera,  
baila, si bailar se llama  
hacer con los pies etcéteras,  
acompañándose de hipos  
a falta de castañetas

y embadurnando de mocos  
las mangas de la chaqueta;  
porque en el pañuelo guarda  
el pan que a la casa lleva.

El dueño de la bayuca,  
es decir de la taberna,  
entre nosotros taquilla,  
guarería en Venezuela,  
(exhibo esta erudición  
por ilustrar a la prensa),  
vigila a los dependientes  
en tanto guarda la venta  
en las entrañas de roble  
de su ferrada gaveta.

De cuando en vez algún lana  
arma con otro pendencia.

El policial de la esquina  
al momento se presenta  
y pone en paz a los cides  
o del brazo se los lleva  
"por el florido camino"  
que conduce hacia la Agencia  
do ejerce de Padre Eterno  
don Goyo, tras una mesa.  
Por muchas horas la zambra  
prosigue de esa manera;  
entre titirreos de copas  
y restallar de botellas,  
entre palabras "de a jeme",  
entre frasecitas tiernas,  
que a unos les da por las malas  
y a otros les da por las buenas



y no hay tres que tengan nunca  
su guaro de igual manera.

De pronto suenan las dos:  
los dependientes comienzan  
a despedir los marchantes:

"Acuérdensen que los friegan;  
reparen al *polecía*  
los ojazos que los pela.

Yo soy quien pago los patos,  
dice el dueño, si se quedan  
porque a mí me tiene *tirria*  
y es que le negué una media  
y unos puros que me vino  
a pedir de moroleca.

– ¡De morolica, será!

– Bueno, sea de lo que sea.

El caso es que se las *chiflan*  
o ese mantudo me *friega*."

Y ya por bien o empujados  
van despejando la escena,  
y salen las buenas gentes  
por las mal cerradas puertas,  
con sus alforjas los unos,  
los otros con sus esteras,  
motetes, palas, canastos,  
cuchillos, planchas, etcétera,  
y cuando ya los descalzos  
dejan la casa desierta,  
y viendo la ley cumplida  
el polizonte se aleja,  
por un pasillo excusado  
nos colamos los de leva

y sotto voce decimos,  
mojándola, esta cuarteta:

"La ley estira o encoge  
según a quien se le aplica.  
Esto pasa en todas partes,  
pero más en Costa Rica."

# EL CURANDERO

– ¡Mama!...

– Qu'es?

– El curandero.

– Andá cogéle el caballo.

Muy buenas tardes, ñor Vindas.

– Muy buenas tardes... Ve, ñato,  
aflojámete la cincha,  
porque está muy requintao;  
acercátele sin miedo,  
si ese es nonis en lo manso.

– ¿Y qué tal Espiridión?

– De ayer pacá rematao.

– ¿Y lo ha visto algún dautor?

– No, ¿pa qué? Yo le estoy dando cuanto me dicen que es bueno; pero no se ha mejorao...

Pase pa'lante y lo ve.

Abrí la ventana, Marcos.

– ¿Y eso qu'es? ¿Qué te ha cogío?

– Yo creo que viento colao:

ju i a vender unos frijoles,

hará quince días el sábado,

y yo creo que me resfrié,

porque estaba aquel mercao

cundiditico de gente.

Al salir, como a las cuatro,

me dijo acá: "¿Qué tenés

que estás tan desencajao? "

Yo no me sentía muy bien,

y jui y me tomé dos tragos;  
después acá me flotó  
con sulfate y anisao  
la nuque, y luego me vine  
por mis propios pies andando.  
Al llegar a la tranquera  
me sentí como almadiao,  
con mucha bulla en los oidos  
y el paladar muy amargo.  
Comimos y me acosté;  
luego me jue arrebatando  
un jielo por todo el cuerpo,  
me puse a sudar jelao,  
y me cogieron arquias  
y corridas; a las cuatro  
cuando ya estaba escurrío

me vine a quedar calmao.

Desde entonce sigo mal;  
me duele mucho el costao,  
y onde tueso siento un chuzo  
debajo de este sobaco.

– ¿Y qué remedios te han hecho?

– Ñor Vindas, l’hemos untao  
la enjundia con jiel de vaca;  
además de eso ha tomao  
uruca con achicoria  
y castor.

– ¿Y no le han dao  
el güízarro con yantén?

– No, ñor Vindas.

– Hombré, malo...

Vea: restriegue unas daguillas

y'unas hojas de culantro,  
y'un poco de juanilama,  
y cuatro cabezas de ajo;  
le mezcla flor de ceniza  
y'unas venas de tabaco;  
lo pone todo a cocer,  
ojalá en traste de barro,  
y luego con un olote  
le flotan el espinazo,  
hasta que enronche el pellejo  
y se ponga colorao;  
después le pasa el untijo  
y lo abriga bien en trapos.  
Y di'ahi le atolla una ayuda  
de romero con guarapo,  
y en cada uno de los oídos



me le va a poner un taco  
de buñiga con mostaza.  
¡Vos lo que tenés es pasmo!

# VISITA DE PÉSAME

– ¡Ave María!

– ¡Menesiana!,

tengo tanto gusto en vela.

– El gusto es pa yo, Pilar.

– Dentre pa dentro y se sienta.

*(En esa no, que está floja  
y es de lo más traicionera.)*

– ¿Y cómo va la familia?

– Muy bien. ¿Y la suya?

– Buena.

– Y qué ju'eso de Gaspar?

Pa Reyes lo vi en la iglesia  
y estaba gordo, alentao.

Antantier llega Manuela:

"¿No sabés quién se murió?

¡Ñor Gaspar! "

– "¡Adió! ¿De veras?"

– "Sí, murió como a las doces;  
mañana a las diez lo entierran.

Pantalión, que anda trayendo  
el ataúl y las candelas,  
y dos garrafas de guaro  
y dando todas las vueltas,  
acaba de noticiame."

– "¡Dios en su gloria lo tenga!

¡Dichoso él que descansó!

¡Pilar es la que se friega!

Probecilla, si Dios quiere  
voy este domingo a vela.

Y he venido aprovechando  
que Roque traiba carreta,  
porque yo a pata, ¡imposible!,  
¡vea cómo tengo la pierna!  
– ¡Hijo de Dios; qué ilusión!...  
parece una gusanera...  
– Dicen que qu'es hormiguillo.  
– Dios me la guarde que juera.  
D'eso murió Baltazara  
l'hija de ñor Chico Mena.  
– ¡Es un mal muy confisgao!  
– Y es que dicen que se pega.  
– Así dicen, pero es cuento.  
Carcule cómo estuvieran  
ya las muchachas de casa,  
que me flotan y m'asean.

– ¿Y con qué se está curando?

– Hora con hojas de reina  
cocidas en agua’e malva,  
y diáhi fritas en manteca.

– ¿No ha probao con el tapate?

– Sí, probé; pero si viera  
que en vez de sentir alivio  
se me requintó la pierna.

Volviendo a Gaspar: ¿qué jue eso  
de esa muerte tan ligera?

– Pos ahí no ve; jue una cosa  
de decir y hacer la mesma;  
el lunes bajó a la Villa  
a llevar un pocu’e leña;  
el martes remaneció  
con dolor en la cabeza

y con la panza perdía:  
¡jue veinte veces a juera!  
Llamamos a mano Lino:  
le desaminó la lengua,  
y le aplicó un bebedizo  
de juanilama y canela,  
y cataplasma de ruda  
con injundie y yerbabuena;  
pero nadita l'hizo eso  
y siguió en la salidera;  
y usté puja, y puja, y puja,  
y usté se queja, y se queja.  
Aclarando me llamó:  
– "Decile a Lino que vuelva;  
si sigo así como voy,  
me las mando abrir d'est'hecha,

ya cuasi no tengo pulsos,  
¡y siento una fregadera  
que no sé si son los oídos  
o si será la cabeza!

Es un ruidal muy extraño,  
como a moda de carretas,  
o de creciente de río...

¡Una maroma tan fea!...

Llegó Lino y lo sobó,  
y por poco se los queda;  
se puso a sudar jelao,  
voltió los pieses pa juera  
y se le paró la vista;  
se le pintaron ojeras,  
y un barbiquejo de a cuarta  
de la boca a las orejas.

A palitos nos jallamos  
pa conseguir que volviera.  
Apenas volvió los dijo:  
– "Traiganmén al Padre Piedra  
porque quiero confesame...  
Esto que tengo es cangrena."  
A las doce llegó el Padre  
y los despachó pa juera;  
lo confesó, y al salir  
los dijo: "Alisten la mesa,  
horita traigo a Nuestro Amo...  
¡Gaspar se las chifla d' ésta!  
Juimos a cortar uruca  
pa la ventana y la puerta.  
Cogimos unas pastoras  
y saucos y flor de reina:



y con un poco de manta  
que los prestó mana Chepa,  
arreglamos bien la cuja  
y compusimos la mesa.

Recibió el Señor, y a poco  
le entró una deliradera...

A veces era con yo,  
otras veces con la perra,  
con la milpa, con los güeyes,  
con el Padre, con la yegua.

Perdido era cobijalo;  
daba güeltas y más güeltas,  
ya lloraba, ya se ría  
o ya se botaba juera,  
y los costaba un sentido  
echalo en la tijereta.

¡Lo que era hablar, imposible!  
No manijaba la lengua;  
hacía unos enredos como  
los que hacen las loras nuevas.  
"¿Qué querés?", le preguntaban.  
El voltiaba la cabeza;  
los ispiaba, pero nada:  
no decía lo que quisiera.  
"¿Talvez desiará café? "  
Tráibamos la cafetera...  
"¿Ah, señor, si será pan?"  
¡Le tráibamos pan, la misma!  
"¿Talvez tenga sé de guaro?"  
Le arrimamos la limeta  
y se atolló como el tanto  
de un quince, y a la carrera.

A las diez le vino un hipo,  
y'hizo una gran diligencia,  
y estuvo hipo, hipo, hipo  
como hasta las once y media.  
Después comenzó a boquiar:  
le prendimos la candela,  
y tata lo encaminó  
rezándole una trecena.

Al puro "tan" de las doces  
volvió a manijar la lengua,  
soltó un quejido muy largo,  
dijo unas palabras feas,  
se pegó dos estirones,  
sacó la panza pa juera,  
voltió los ojos en blanco,  
y'hizo como cuatro muecas...

¡Y di'ahi se quedó dijunto!...

– ¡Dios en su gloria lo tenga!

¿Mano Lino no le ha dicho  
la clasia de mal que juera?

– Sí, dice que jue un empacho:  
lo que llaman doble presa,  
qu'imposible qu'el ombligo  
sin rompese resistiera.

Parecía un dedal de sastre,  
daba lástima de veras;  
tamaño puyón asina,  
morao como berenjena;  
se l'iba a ratos pa dentro,  
a ratos salía pa juera.

Lino lo desasució  
apenas vido la lengua,

y sólo por un quien quita  
jue que l'hizo diligencias.

– ¿Y cómo se las compuso  
p'al entierro y pa la vela?

– Por suerte mano Pastor  
costió todo de su cuenta,  
y me mandó dos mudadas  
pa yo, y una a Jilomena.

Y además tata me ha dao  
tres carretadas de leña;  
y dice que los rosarios  
y el novenario costea;  
y qu'en después que se acaben  
a San Isidro me vuelva.

Que ¿qué hago aquí sin Gaspar?,  
que lo que tengo lo venda.

– Su tata tiene razón,  
délo por lo que le ofrezcan.  
Una vez qu'él se regrese,  
íngrima y sola se queda  
pa que se la jarten todos  
los que tienen mala lengua.  
¡Adiós!

– ¡Adiós, muchas gracias!

– Oigo sonar la carreta.

Mérquele con esos riales  
un rebozo a Jilomena.-

– ¿Pa qué se va a molestar?

– Tengo gusto, no es molestia.

– L'espero p'al novenario.

– Yo no puedo por mi pierna;  
pero vendrán las muchachas.

— Achará que usté no pueda  
porque va a estar muy alegre.

Tata mercó una ternera  
y tres garrafas de guaro  
y seis frascos de mistela,  
y'además ha contratao  
cuatro músicos de Heredia;  
y pa los misterios tiene  
cuhetes de luz y bombetas.

Ya usté le conoce el genio...  
¡Cuando se raja es de veras!

# AL MERCADO

Luciendo el cuerpecito  
que Dios le ha dado,  
su boquita de grana,  
sus ojos pardos,  
y su talle flexible,  
sus pies enanos,  
va la bella Carmela,  
la del Naranjo,  
con su limpia canasta  
colgada al brazo,  
a comprar las verduras  
en el mercao.  
— ¿A cómo da los güevos?



– A once por cuatro.  
– ¡Ave María Purísima!  
Están muy caros.  
– Son de gallinas finas.  
– ¡No son pa echalos!  
– Pa comer tengo a doce.  
– ¡Is!, ¡qué livianos!  
¿Dónde juntó ese nido?  
– No son juntaos.  
Quiebre uno, si está güero  
se lo regalo.  
– Gracias, me gustan frescos  
y no pasados:  
Y terciando el rebozo  
con suma garbo,  
en busca de otro puesto

dirige el paso.

– ¿Qué le vendo, cholita?

– ¿Qué quiere, encanto?

– ¡Mire qué cebollitas,

espí qué nabos!

– Repare los tomates;

ia coloraos

solamente su boca

puede igualarlos!

– ¿Quiere quelites frescos?

– Están mayaos.

– ¡Mayada estará su agüela!

– ¡Viejo malcriao!

– Negrita: ¿qué me merca?

¿Quiere pescado,

o coquitos?

- No, gracias,  
porque me empacho.
- ¡Al peje! ¡Al pejecito!  
¡Al bacalao!
- ¡Ostiones!
- ¡Caña fistol  
p'al costipao!
- ¡Mire qué marfilito  
de puro cacho! -
- ¿Piensa que tengo piojos?...
- ¿Y este rosario?  
Lo bendijo San Pedro.
- ¿Pedro Nolasco?
- ¿Sabe que usted es muy linda?...
- ¿Deveras, ñato?
- Fíjese en el babiambre

que estoy chorriando.

– Achará, no lo pierda,  
y engorde un chanco.

– ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Gabino,  
te han amolao!

– ¡Volvé el otro cachete!

– ¡Seguí de gallo!

– ¡Guardame la manteca  
y el espinazo!

– ¡Para yo las pizuñas!

– ¡Para yo el rabo!

– ¿Pa las mamas de ustedes,  
qu'es lo que guardo?

– ¡Queso de mantequilla  
bueno y barato!

– ¡Vea qué dieces, señora,

parecen cuatros!

– ¡Al tiquizquito fresco!

– ¿No lleva plátanos?

– ¡Bizcócho de Nicoya!

– ¡Naranjas!

– ¡Mangos!

– ¡Ya mañana se juega!

¿Quién quiere un cuarto?

Los veinte mil colones

tengo en la mano.

Linda, ¿por qué no prueba?...

– Si ya he probao...

¡y soy más retorcida

que un garabato!

– ¡Pero quién quita un quite!

– Deme uno bajo.

- ¿Le gustaría el sesenta  
o el ciento cuatro?
- Corte uno cualesquiera;  
¡todos son malos!

Y pasada media hora  
deja el mercao,  
y luciendo las gracias  
que Dios le ha dado,  
va la bella Carmela,  
la del Naranjo,  
con su cesto repleto  
colgando al brazo,  
camino de su casa,  
calle del Rastro,  
número setecientos

noventa y cuatro.

# MERCANDO LEÑA

– ¡Hola, ñor José María!

Traiga la leña pa vela.

¿Cuánto cobra?

– Cinco pesos.

– ¡Ave María gracia plena!

¡Los tres dulcísimos nombres!

– Deje la jesuseadera;

yo pido lo que yo quiero

y usté ofrece lo que ofrezca,

que usté manija su plata

y yo manijo mi leña,

y no hemos de disgustalos

por cuestiones de pesetas.



Eso sí, quiero decile  
que repare en la carreta,  
y que espí si está cargada  
con concencia o sin concencia.  
Si le cabe un palo más  
me lo raja en la cabeza:  
Yo soy un hombre legal,  
feo decilo; pero vea,  
a yo naide me'azariao  
hasta l'hora por mi leña.  
Esta es quizarrá amarillo,  
laurel y madera negra:  
de jierro pa consumise,  
y pa prendese de yesca.  
Con una leñita asina  
se lucen las cocineras.

– Sí, pero está muy menuda;  
tres pesos le doy por ella.  
– Por cuatro se la vaceo.  
– Si quiere los tres, vacéla.  
– Se la pongo en tres con seis,  
nada más que pa que vea  
que yo sí quiero tratar.  
– No mejoro la propuesta.  
Acuérdese qu'es verano  
y que anda dunda la leña.  
¿Sabe en cuánto compró dos  
carretadas ña Manuela,  
la mujer que vive allí  
onde está echada la perra?  
¡En cinco pesos!  
– ¡Caramba!,

de fijo que era de cerca.

¿Tal vez jocote o güitite?

– ¡Qué va pa güitite!... Buena:  
juaquiñiquil y targuá...

– Puede ser que asina sea.

Mas volviendo a nuestro trato  
se la largo en tres cuarenta.

– Los tres pesos que le dije.

– Arrímeles la peseta  
y tratamos.

– Ni un centavo.

– ¿Dónde le boto la leña?

– ¡Abrite el portón; Jacinta!

– ¡Está con llave, ña Chepa!

– Aspérese, voy' abrile.

– ¡Gui! ¡Güey viejo sinvergüenza!

¡Confisgao tan pachorrudo!

Gui, gui. ¡Jesa, jesa, jesa!

– Éntrela en brazaos pequeños  
pa librar la chayotera.

Coja por este zaguán  
y di'ahi cruza a la derecha,  
y en el rincón de l'esquina  
me l'acomoda en estebas  
de modo que deje paso  
al común.

– ¿Sí? ¿De deveras?

¿Con que quiere de remache  
que le meta yo la leña  
y que di'ahi se la acomode,  
y que ha de ser de manera  
que dé paso a la letrina?

Dígame, señora Chepa:  
¿no le gusta más pelada  
y olorosa a yerbagüena,  
y con lazos en las puntas,  
y aspergiada de canela,  
y que además le regale  
como a modo de una feria,  
el chonete, los güeycillos,  
los calzones, la carreta,  
y este chuzo, y esta faja,  
y' a la zonta de mi agüela?  
– ¡Qué hombrecillo tan malcriao!  
¡Cargue pronto con su leña!...  
– ¡No! ¡Si la voy a dejar  
pa que la queme de muestra!...  
¡Que me alce el Patas el día

que güelva a tratar con viejas!

# UN HERMANO

Bajo un mango corpulento  
y tendidos en la yerba  
junto a los bueyes que, echados,  
perezosamente cenan,  
están varios carreteros  
alrededor de una hoguera,  
que olla de hierro corona,  
montada sobre unas piedras,  
y dentro la cual retozan,  
en el caldo que espumea,  
ya las papas esponjadas,  
ya el dominico de seda,  
la blanca yuca de nieve,

la carne de rojas hebras.  
El tiquizque delicado  
asoma su faz morena,  
o se presenta el ayote  
en forma de barquichuela  
y con la cara encendida,  
que está muerto de vergüenza,  
por ser primo del zapallo  
que es la verdura más fea.  
El chayote su espinosa  
y verde capota ostenta,  
entre raíces y ñames,  
camotes y berenjenas.  
De cuando en cuando se asoman  
algunas palabras feas;  
es decir; que varios ajos



suelen sacar la cabeza;  
y todo ello confundido  
en una igualdad perfecta,  
en que todo sabe a todo  
y huele de igual manera:  
especie de democracia  
que sus doctrinas condensa  
dentro de la olla de fierro  
que sobre robustas piedras,  
al beso de alegres llamas  
canta, llora, burbujea  
vigilada por los mozos  
que de bruces en la yerba,  
aguardan pacientemente  
que se cocine la cena.  
Algunas tortillas fiambres

que han adquirido dureza  
junto a los tres tinamastes  
que hacen escolta a la hoguera,  
son retiradas, pues Marcos  
dice que "le olen" a buenas,  
y "qu'él, p'él" está seguro  
que está cocida la cena.  
Con dos sacos de gangoche  
quitan la olla, y se la llevan  
a la orilla de un arroyo  
que corre por allí cerca.  
Después arriman los yugos  
y muy alegres se sientan;  
dan dos besos cariñosos  
a sus cholas, las botellas,  
que en el amplio vientre guardan

el contrabando o el néctar,  
con que el Supremo Gobierno  
explota al par que envenena.

– Echáte un cuento, Milquiades.

– Go una historia verdadera.

– Que les cuente Sinforoso  
la que le pasó en Atenas.

– ¡Que lo cuente!

– Sí, ¡contálo!

– Miren qué cosa tan fea:  
hará tres años descasos  
que me hablaron en Heredia  
pa ver si jalaba un flete  
p'al puerto de Puntarenas.

Yo puse mis condiciones,  
y después de algunas pegas

entre si tanto, si cuanto,  
convenimos en lo qu'era:  
Ya esos güeyes eran míos;  
pero no tenía carreta:  
Los Arias me consiguieron  
la que jue de Chico Cerdas.  
Salimos como a las doces,  
sestiamos en Alajuela;  
al llegar a Los Horcones  
ya estaba la luna puesta,  
y resolvimos quedalos  
pa que los güeyes comieran.  
– "Muchachos -dijo Damián-,  
mientras se cuece la cena  
¿por qué no v' alguno a trése  
un trago de guaro' Atenas?

– Yo voy –le dije:

– Está bueno.

Tréme un diacuatro de breva.

A mí dos riales de puros.

Pa yo una vara de mecha."

Me puse la alforja al hombro

y descolgué una linterna,

y me tercié a la cintura,

por si acaso, la cruceta.

Después de dale a los caites,

entré por último a Atenas,

merqué todos los encargos;

y viniendo ya de vuelta,

comencé a sentir un tufo

como a la moda de mecha:

un tufo que no cesaba

por más y más que anduviera.  
Me entró cierto recelillo;  
pero voltié la cabeza  
y nada vi, sólo el humo  
que dejaba la linterna:  
De pronto se oyó un chirrido,  
me puse a parar la oreja  
y vide que en el camino  
sola andaba una carreta,  
sin ninguno que la guiara,  
y sin güeyes ni compuertas,  
y en el centro, en un ataul,  
el cuerpo de Chico Cerdas.  
Eché mano a la cutacha  
y me amparé de la cerca,  
y'hice como cuatro cruces,

por supuesto con l'izquierda.

– "Hermano –me dijo Chico–,  
yo debo algunas promesas..."

A mí se me jue el resuello,  
me se aflojaron las piernas,  
me sucedió una desgracia,  
me se adormeció la lengua,  
me encomendé, a los tres Dulces  
y a la virgen Margalena,  
y le dije como pude:

– ¡Decílo... que... te... se...

ofrezca!

Se sentó dentro el ataul.

(Caramba, qué pestilencia:

jedor a recién casada,

o como a letrina vieja,

o como a güevos podridos,  
o como a nido de perra.)  
— Le debo— dijo el dijunto,  
después de hacer unas muecas—  
le debo a Concho Paniagua  
tres pesos de una rialera;  
a mano Froilán, seis reales;  
a San Roque, una novena;  
a Chico Antillón, dos pesos  
de un muerto que alcé en su mesa.  
Decíles a las muchachas  
que a vos te doy la ternera  
y el almario, con el baul  
y mi cama y mi cruceta."  
Después se desapareció  
el fantasma y la carreta.



A yo me hallaron trabao  
a la orilla de la cerca.  
Estuve dundo de viaje  
más de una semana entera.  
Iba' andar y no podía,  
iba' explicame y la mesma;  
hasta que mano Froiliano  
me aconsejó que me juera  
a contale al Padre Chico  
be por ce la contingencia.  
Me llevaron; le conté,  
y se puso hecho una fiera;  
sólo le faltó mentame  
la mama dentro la iglesia;  
me puso como un petate,  
enainiticas me pega,

y me llamó fariseo,  
mentiroso y poca pena.  
¡Pero, hombré, al rato y' estaba  
sano de pieses y lengua!  
– ¡Ese jue milagro grande!  
– ¡Un milagro de deveras!  
– ¿Y los puros?  
– ¡Pero ni uno!  
– ¿Y la cususa?  
– ¡Ni señas!  
– ¿Se la atollaría el dijunto?  
– ¡Puede ser que asina juera!  
– ¡Ja!, ¡ja!, ¡ja!  
– ¿De qué te rís?...  
– Estoy pensando en la mecha;  
¿la mecha sí pareció?

- ¡Sin que le faltara una hebra!
- ¿Pa qué te la dejaría?
- ¡Yo me figuro que juera  
pa enrollásela en el güecho  
a la zonta de tu agüela!

# LA FIRMITA

En la propaganda política

– Mirá, por vida tuyita,  
no fregués, que no he de dala,  
así me la pida el Rey  
o el mismisísimo Papa.

– Pero, hombre, reflexioná;  
¿no sos hijo de esta patria?  
¿Onde demonios naciste?  
¿Onde nacieron tus tatas?

– ¡Aquí!... También mis agüelos  
y sus padres y sus mamas,  
y las mamas y los padres

de sus tatararatátas;  
y hasta Adán, si vos querés,  
pero no la doy, ¡carasta!  
– ¿Vos sos hombre, Masimino?  
o decí lo que te falta:  
¿No echamos todos la firma?  
¡Por qué no habís vos de echala!  
– Porque no quiero, ¿entendés?,  
porque no me da la gana.  
Vos bien sabés que a los perros  
una sola vez los capan.  
En tiempos de don Rafel  
llegaron dos palanganas,  
me trujeron unas hojas  
y me dieron unas cartas  
de fulano y perengano,

de zutanejo y zutana.

"Usté que es hombre patriota,  
usté que es persona franca,  
usté que todos lo quieren,  
usté que todos lo alaban,  
usté que tal y tal cosa,  
usté que tántas y tántas,  
y que ha sido mayordomo  
y tesorero de fábrica,  
y alcalde un chorro de veces  
y Juez de Paz de Pacaca ..."  
y seguían catorce ecéteras;  
hasta llamame palanca.  
¿Pos sabés tras qué vinieron  
con su puño de alabancias?...  
¡Adiviná si sos hombre!

No era tras yo, tras la casa  
pa clu. ¿Que salí ganando?...  
Como mil pesos en plata,  
un chorro de vidrios menos,  
como tres mesas quebradas;  
y a ocho bancas que presté  
nu'he vuelto a veles la cara;  
y no cuento potrerajes  
de las bestias que me echaban,  
ni las jumas que ponía,  
ni las gomas que quitaba.  
Y usté hace viajes a Heredia,  
y usté sale a Santa Bárbara,  
y usté se las manda abrir  
al Barrial o a la' Pitaya:  
ya pa l' Alájuela o l' Uruca

o a la punta de la trampa:  
Y usté aguante malos modos,  
y usté aguante pachotadas  
de todos los cevillistas,  
¡qu' eran la gente malcriada!  
Aquí te pongo un letrero,  
allí te pinto una cara  
con dos orejas de burro  
y abajo su malacrianza:  
Ya te decían "tal por cual",  
cuando no te la mentaban.  
Hasta el Cura, con ser Cura,  
con indirectas andaba.  
Pos bueno; pasó la cosa;  
se salieron con sus ganas;  
y otra vez los encajaron



a don Rafel en las ancas.  
Unque bebiendo castor,  
le dimos a Dios las gracias  
de que pusiera remedio  
a tantísimas jodarrias.  
Yo dije: ¡ya descansamos!  
Pos mirá lo que faltaba:  
llegaron dos polecías,  
me registraron la casa,  
y no dejaron ni un cofre  
sin levantale la tapa;  
ya andaban en los armarios;  
ya debajo de las camas;  
ispiaron en la letrina,  
me desnudaron la Santa,  
y si no es que la Jelipa,

con el chingo; se les para,  
quién sabe si no se atreven  
a levantale las naguas.

Así que se dieron gusto;  
y me quitaron en plata  
como once onzas y un billete  
que tenía de Nicaragua;  
me llevaron al Cuartel;  
mi'atollaron a una sala  
onde había doce mancuernas  
de endividuos de mi causa.  
Después de hacelos jurar  
y dalos unas trapiadas;  
en que pusieron cual chuicas  
agüelos, padres y mamas,  
los preguntaron el sitio

onde teníamos las armas.

Todos contestamos: "¿Cuáles?..."

Hombré, por poco los matan;

sacaron a medio patio

ocho soldaos y una banca,

y va de voltiar cristianos,

y va de volales vara.

Y todo el que iban alzando

su poso de miasos dejaba.

No creás qu'es por alabame,

¡si vos me vieras las nalgas!...

"A mí no me andés con cuentos,

decime, ¿ónde están las armas?,

o te ajusilo, ¡canastos!",

el cabo los preguntaba.

Yo me ponía helado de l'ira,

y los oídos me sonaban;  
pero como no podía,  
así amarrao como estaba,  
agarralo del pescuezo,  
a estrangulale la panza,  
me conformé con dicile,  
una vez: ¡Mirá qué rabía!  
"¿Quiere saber onde están?...  
Pregúnteselo a su mama."  
¿Habís visto el Día el Juicio?  
Pos yo lo vide ¡carastas!  
Con sólo eceición de tiros  
cuanto tenían me tiraban:  
anduve sobre las mesas,  
anduve bajo las bancas;  
ya me daban con las manos,

ya me arriaban con las patas.  
Hasta que me fui de mí  
me llevaron a la sala.  
Estuve como tres días  
sin sentidos y sin habla.  
Cuando me recuperé  
tenía esta mano quebrada,  
y esta nube en el izquierdo,  
Y esta pelota en la pata,  
y me faltaban los dientes  
que no tengo en las quijadas.  
Y estuve sin ver un puro  
lo menos cuatro semanas;  
y sin mascar una cuecha  
¡quién sabe cuánto, caramba!  
Lo que era la comidilla

l'hacían una zarabanda  
con la pura bayoneta;  
la voltiaban y voltiaban,  
y se comían lo mejor,  
y el chilate los mandaban,  
y los ponían por pretesto  
que buscaban unas cartas.  
¿Cartas en la sopa? ¡Chanchos!  
En en infierno se l'haigan.  
Apenas los dieron suelta,  
me arrebataron tercianas,  
y estuve casi tres meses,  
de día de por medio, en cama.  
Un cinco, con ser un cinco,  
por mi vida naide daba.  
si nu'es don Juan, que en la gloria

lo tenga Dios, no contara  
a l' hora de hora este cuento.

– ¡Ese era dautor, carachas!

– ¿Querés que te hable más claro?

– Tenés razón y te basta:

no se la des ni al Obispo.

– Hombré, pos había de dásela.

Si hubiera guerra, se entiende,

o se bebe o se derrama,

que allí todos defendemos

familias, cercos y casas;

pero entre los mismos, hombre,

no le miro yo la gracia.

Dejémole a los que saben

y se han quemao las pestañas,

un día con otro, en l' escuela,

noche tras noche en la casa,  
que busquen entr'ellos quien  
mande, si bien los manda;  
y que carguen con sus cluses,  
con sus hojas y parrandas.  
Y si losotros queremos  
de deveras a la Patria,  
escribamos con el sacho,  
discursiemos con la pala,  
porque el día que los metamos  
nosotros a legislala,  
se muere di'hambre la gente:  
la levuda y la descalza.  
A mí pídamen la vida,  
¡pero la firma!... ¡Mírala!...



# PASCUALA

Al circular la noticia  
de la muerte de Pascuala,  
todas las niñas del toma  
o mejor, del toma y daca,  
como enjambre de palomas  
acudieron a su casa.

Allí: la Pico, la, Güecha,  
la Siete Cueros, la Pata,  
la Olote, la Poca Pena,  
la Cuatro Reales, la Sarna,  
la Bongo, la Sinvergüenza,  
la Puerto Libre, la Plasta,  
en fin, la plana mayor,

del barrio de la algazara,  
vulgo la Puebla, se dieron  
cita al redor de la cama  
donde yacía la dijunta  
en mar de sangre bañada.

– ¿Cómo jue eso, Pelegrina?

– ¿Cómo pasó la desgracia?

– ¿Tardó mucho pa morirse?

– ¿Dónde jue la puñalada?

– ¿No trató de defenderse?

– ¿No?...

– ¡Se callan o no se callan!

¿Cómo quieren que les cuente  
si todas al tiempo me hablan?

– Tenés razón.

– ¡Por supuesto!,

dijeron todas las damas.

Después de toser dos veces,  
así habló la interrogada:

– Tomarían ser más o menos  
las cinco, más bien pasadas,  
cuando llegó "Cocobola"

con otros a la ventana

y llamaron a Jacinto;

yo me levanté descalza

pa saber lo que querían

y me contestó Retana:

"Decímele que se vista,

que anoche murió en las Pavas

Casildo, el hijo mayor

del mestro Cirilo Araya;

que el ataul se lo aflojaron

onde los Roig y los manda  
a pedir que veamos cómo  
hacemos pa la mortaja;  
que está de viaje chonete,  
lo que se llama en las latas,  
que un cinco, con ser un cinco,  
no le arrelumbra en la casa."

Se lo dije, se vistió,  
y sin lavase la cara  
ni tomar café, se puso  
con los otros a la marcha.  
A mediodía regresó  
con una soca endiablada,  
más colorao que un tomate  
y con la vista muy gacha.  
Ya le conocen el guaro.

Dijo a decir pachotadas;  
le servimos el almuerzo,  
me reventó la cuchara,  
diciendo que estaba sucia,  
(él mismo me vio lavala).  
De pronto le dio un repente  
y la emprendió con Pascuala  
(sin decir tusa ni musa  
como hora la ven estaba).  
La puso como un petate  
como le dio su rial gana  
y no contento con eso,  
y con mentale la mama,  
la arrebató de las mechas,  
la reventó en esa banca,  
y usté le vuela moquetes

y usted le vuela patadas.

Viendo que l'iba a matar  
según a como le arriaba,  
jui y llamé la polecía  
por ver si lo sosegaban,  
y me encontré, por jortuna,  
con el sargento Quesada  
y con otro, uno bajillo  
que tiene un quite en la cara.

– ¿Con Cirilo?

– Con Cirilo.

Y con Ustaquio Carranza,  
el dueño de la taquilla  
que llaman "La Buena Fama".  
Cuando llegamos los cuatro,  
encontramos a Pascuala

patas arriba en el suelo  
con una gran puñalada,  
que le corría del ombligo  
(Dios los guarde) hasta la nalga:

– ¡Pobrecita!...

– ¡Qué bandido!

– ¿Y Jacinto?

– ¡Como nada!

Se dejó echar las esposas  
y dijo: "Esta confisgada  
tenía que morir asina  
por sinvergüenza y por mala."

Yo corrí a llamar al Padre,  
y vino con una caja;  
pero, ya cuando llegamos  
solamente pataliaba,

y a poco; tras desaguase,  
pegó la última boquiada,  
Siempre le untó una cosilla  
y le dijo unas palabras,

– ¡Pobrecilla!

– ¡Pobre de él!

¡Y dichosa de Pascuala  
que ya le llegó el descanso!

Para Jacinto es la vaina.

– ¡Si habrá cosa pior que el guaro!

– Según quien lo bebe, Plasta;

yo tuve que ver con Tolas,

que lo menos se atollaba

botilla y media en el día

y no le resiento nada.

También si se toma mucho



sucede como con l'agua:

te bebés un jarro, bueno,

¡andá arriate una tinaja!...

– Yo creo que va en los indoles.

– Pos eso está claro, Sarna:

el guaro es como las mulas

que a según el que las haga,

salen de paso o de trote,

corcoviadoras o mansas.

**- FIN -**



AQUILEO ECHEVERRÍA (1866 – 1909) fue un escritor, periodista y político costarricense. Fungió como periodista en varios periódicos y revistas, entre los cuales destacan La República, El Comercio, Costa Rica Ilustrada, La Patria, El Periódico, entre otros. También fue Agregado de la

Embajada de Costa Rica en Washington, Estados Unidos. Trabajó en la Biblioteca Pública de Heredia, donde se trasladó a vivir y estableció una pulpería, fue el trato directo con sus clientes campesinos lo que le proporcionó el material folclórico invaluable que supo aprovechar para crear sus famosas Concherías, consideradas hoy un tesoro en las letras nacionales.

Fue designado Benemérito de las Lenguas Patrias en 1953. En 1961 el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes creó el Premio Nacional Aquileo J. Echeverría en honor a la

labor de este autor.